REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

PUBLICADA POR

A. BONILLA Y SAN MARTÍN

TOMO IV.—NÚM. 2.º

SUMARIO:—Quintiliano Saldaña: *Los Ensayos de M. de Unamuno.* (Continuará.)—M. Artigas: *Un Quijote extraño.—Boletín de la Biblioteca «Menéndez y Pelayo».* (Continuación.)

MADRID
1918

REVISTA CRÍTICA HISPANO-AMERICANA publicará en breve los siguientes artículos:

La elipsis en el Brocense.
La Voluntad en Schopenhauer y en Espinosa.
Psicología de la Noluntad.
Kant en España.
La reforma pedagógica española.
El «intelectual» español. Notas psicológicas.
La ç, la s y la z en el castellano antiguo.
Sobre el origen del Romancero.
El conocimiento y la realidad.

REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

AÑO IV (1918).—TOMO IV.—NÚM 2.º

Los "Ensayos" de M. de Unamuno (1)

I

El hombre de letras.

Al fin se ha definido el Sr. Unamuno. Sabíamos que él era algo, que se creía él mismo algo —acaso más de lo que era—; pero no sabíamos a punto fijo qué era, ni menos qué se creía el Sr. Unamuno. Ya descansamos, entendiendo qué es el Sr. Unamuno, puesto que él lo dice, cuando colecciona sus obras menores bajo la etiqueta de *Ensayos*. Es un «ensayista».

Publicó antes: *Tres ensayos: Adentro, La ideocracia, La fe* (Madrid, R. Serra, 1900), que ahora reaparecen (tomo II, págs. 181 y siguientes). Más tarde, *Mi religión y otros ensayos* (Madrid, Renacimiento, 1910). Hoy recoge, como *Ensayos,* muchos de sus folletos y artículos. Veremos si el resto de su labor, ahora no recogida, merece otro nombre. Entretanto analicemos... Antes, tomemos la clave. Es el Sr. Unamuno escritor de esos a quienes el vulgo califica de «raros». Esto quiere decir que la clave de su inteligencia no es la psicológica, la normal. Estudiemos, pues, el «caso Unamuno.»

HIPERESTESIA DEL YO.—En el inicio de las nuevas cosas, se las nombra con ajenas vestes de cosas conocidas. Es, con artificio, la metáfora, el tropo; con elegancia, la imagen; personalmente, el título relativo; gramaticalmente, el derivado. Así, de «hiperestesia», exceso perturbador, alteración subjetiva de la sensibilidad, en neu-

(1) *Ensayos*, por Miguel de Unamuno, tomos I al V. Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916-1917.

rología, la *hiperestesia del yo,* esto es, la exaltación de la personalidad.

La hiperestesia sensorial es un estigma de histerismo; la hiperestesia psíquica, característica de *dandismo literario y artístico,* común a autores, actores, pintores, escritores, músicos y danzantes... Aquélla explica las «zonas histéricas» (puntos histerógenos, zonas doloríficas); ésta, las *zonas éticas* («puntillo» de honra, «flacos» de amor propio); así, puede bien llamársele a un mal pintor *cocu,* pero no *pompier.*

Como la sensorial, es la hiperestesia psíquica. A la «hipomanía» —manía genérica— corresponde la *logomanía;* a la «hiperosmía» —idiosincrasia aguda del gusto y del olfato—, la *intolerancia y fanatismo sectarios;* a la «hiperacusia» —hiperestesia del oído o de la vista—, las *filias y fobias políticas;* a la «hiperalgesia» —hiperestesia de la sensibilidad dolorífica—, la *susceptibilidad* moral e *indiscutibilidad* mental; a la «hipermetropia» —exceso de alcance visual, inacomodación por exceso de acomodación—, lo que se llama *pasarse de listo...*, y a la «hiperostasia», o «exastasia del cráneo», ¿no se atribuye, vulgarmente, la *terquedad?*

De aquí, en la confluencia (mejor: en la Mesopotamia de *Psichis* y *Phisis,* que diría el Sr. Ortega y Gasset), las *alucinaciones,* errores de cantidad o proporción que por culpa de la sensibilidad sufre la mente, y las *ilusiones,* errores sensitivo-mentales de calidad (Tanzí).

Se empieza diciendo, en metáfora: «un yo hiperestésico». Se quiere indicar lo *hiperpersonal* o *superpersonal,* a saber, lo que es de naturaleza personal, mas a lo que, en todo o en parte, no pueden aplicarse los predicados de la personalidad (Baldwin). Lo hiperpersonal no puede reducirse a ser verdadera personalidad, dada a sus límites; es más que personal y no es personal; como lo hiperfenomenal se basa en fenómenos, aclara fenómenos, pero no es ya fenómeno.

Antes, se conoció con otro nombre: *megalomanía.* A saber: una especial forma de falsa imaginación que aparece en ciertos casos de insania —en particular, manía; en general, parálisis— cuando el paciente se siente engreído, en la sobreactividad de sus energías y su espíritu henchido de un poder de brillante empresa, agigantada su fuerza, expandidas sus posesiones, notable su hazaña, supremo su imperio (Jastrow).

En el fondo es un sentimiento radical: el *Selbstgefühl* o *self-feeling,* «estima o satisfacción de sí mismo» —define Baine (por donde llegamos a despreciar a todo el mundo, llamando «brutos», con toda espiritualidad, a los que piensan de manera distinta a nosotros, en materia internacional, por ejemplo). Derivado del instinto de conservación, «en la plena conciencia de sí mismo y encarnado en la idea del yo» —según Höffding (que nos lleva a la desesperación cuando nos arrebatan, por ejemplo, un cargo oficial que poseíamos). «Tendencia que impulsa al acrecimiento de la personalidad» —según Fanciulli (de gran valer, en cuanto sirve para que, viéndonos satisfechos de nosotros mismos, lo estén de nosotros las gentes).

Jesús dijo en la montaña: «Bienaventurados los humildes»; pero añadía: «porque de ellos será el reino de los cielos». Que en éste, ¡desgraciados los humildes! Nadie creerá, si sabios, en su ciencia; si artistas, en su genio. Seamos o aparentemos vanos, siquiera por estudiada conveniencia, aunque en el fondo del corazón, con delectación cruel, hagamos nuestro propio epigrama, como hace el místico su confesión.

Nuestros amigos, los animales, también tienen —¿por qué no?— su amor propio. Así se ha estudiado la vanidad, la inmodestia, el orgullo en los pájaros habladores que se escuchan (Romanes) como nuestros oradores; el sentimiento de la propia dignidad en los elefantes, que se vengan (Broderip, Bingley, Swainson), igual que los políticos; el caballo, que se engalla y bate los cascos con ritmo y majestad (Fanciulli), semejante a ciertas mujeres y a los toreros; sobre todo el gallo —recuérdese el canto al sol, de Rostand—, por donde el viejo Esopo y todos los fabulistas fueron, a más de grandes psicólogos, hábiles pedagogos, que dirigiéndose a los animales aleccionaban a los hombres.

Menos moralistas y nada poetas, han explicado por el exhibicionismo de la atracción sexual, en el macho —así, entre los pájaros—, la selección sexual, los biólogos.

Nuestros pequeños semejantes, los niños, son en grado sumo vanidosos y soberbios, en proyección hostil de envidia (Pérez); y así los artistas, en la perdurable niñez del instinto.

Nuestros ilustres y barrocos compañeros, los hombres de toda profesión, son vanidosos de ella. «Un soldado, un pilluelo, un cocinero, un mozo de cordel se envanecen y quieren tener sus admira-

dores» —pensaba Pascal, y sin necesidad de tanto esfuerzo vemos cada día.

Propio de quien se ama mucho, demasiado, es la «autocontemplación», que llamó Kant, *Solipsismus;* de cuya alegría, tristemente, hablaba ya Espinosa, en la *Ética*. Narciso, el «enamorado de sí mismo», no murió en una fuente, cerca de Tespias, que anda por el mundo, y no sonríe al verse retratado en las claras linfas, sino en turbias prensas; y si no en figura, en los signos de su nombre, ya sea para el aplauso, ya para la censura, que eso no importa, siempre que se hable de nosotros...

Ahora, del amor propio a la autoexposición o autoexhibición, el *exhibicionismo*, vieja psicopatía. Es el lógico afán de evidenciarse, aquel *étalage de soi*, propio de quien se siente, no de mérito —inferior siempre al ajeno subido valer—, sino de soberano mérito. Hasta un posible caso de conciencia... Somos ejemplares, ¿y hemos de incidir en el egoísmo injusto de que no se nos conozca?

La *hiperestesia del yo* puede originarse: o de meningitis genial, en los precoces, o de tabes perversa, en los tardos, o de intoxicación por el éxito prematuro, en los mediocres. El Sr. Unamuno, nuestro gran hiperestésico, no es un precoz; no es tampoco, un tardo. Para la indagación de la hiperestesia del yo es decisivo el serodiagnóstico del aplauso...

Sólo hay un hombre, verdadero hombre, desposeído; sin vanidad, ya que su espíritu está lleno; insensible al superlativo amor propio, pues se compara, una vez que se conoce a sí mismo, consigo mismo, en la posible, no lograda, perfección...; sin soberbia, porque ama la verdad, que está oculta, jamás encima, siempre debajo de las apariencias. Es el sabio, el *verdadero sabio*.

Ese no se escucha, ni se contempla, ni menos se exhibe, ni desvaría soñando grandezas; antes, habla poco y sencillo, y como apocado y huído anda.

La conquista de la fama.—Es un modo paralelo, superorgánico, de la conquista de la hembra. Como ésta, la conquista de la fama conoce dos formas clásicas. Es una el galante cortejo rendido, que adula y lisonjea, buscando en vías de agradecimiento, por reacción graciosa de placer y agrado, la no merecida dádiva de amores. Así, lisonjeando a las multitudes, nos hacemos a ellas gratos y *simpáticos;* repitiendo las gratas apariciones se llega a ser *populares;* pronto, afirmado el recuerdo múltiple, acabamos por hacer-

nos *célebres*. La memoria social se ha aprendido ingenuamente nuestro nombre, y la opinión pública —más extremada que consciente— se ha dignado pensar (?) favorablemente de nosotros. Las conocidas «alas» de la fama llevan escritas, en caracteres brillantes, nuestro precioso polisílabo.

Mas —¡cuidado!— que la graciosa dama tiene un adorador llamado «Legión», como el demonio del Evangelio. Ella nos ama; pero, sinceramente, ¿cree ella en nosotros? De hecho somos más célebres que acreditados, y la Fama, como su ligera hermana la Suerte, es versátil de suyo y tornadiza. ¡Ay de nosotros el día en que salga uno que le diga, con buena voz de tenor: —«¡Tonta, si ese es un farsante»! Luego, ¿quién es el «simpático»? El más semejante, el que a todos inspira buena confianza, por ser tan tonto como cualquiera. El «popular» es tan inconsciente como todos juntos, y, desde luego, más tonto que cualquiera. «Célebre», se puede ser igualmente por la admiración que por el ludibrio.

Es más segura, si bien difícil, la segunda forma de conquista. ¿Cómo? He aquí la displicente exhibición de encantos naturales que en apariencia se esquivan, entunicados, entre vaguedades de misterio, rarezas de estirpe y supuestos exquisitos valores, muy codiciados o poco poseídos. Eso excita a la hembra —la mujer, la opinión— a conocer, primero, aquello raro que columbra; a poseer, luego, esto difícil que apenas alcanza. Entonces es cuando la táctica impone el fuerte dicterio, por sistema; el maltrato de obra, por régimen. Es la «chulería» española; el arte del *maquereau;* la perversión sexual del Marqués de Sade, ese moderno Barba-azul...; la injuriosa osadía de los bufones.

Entonces, sólo entonces, es cuando la hembra atormentada nos adora como superiores a todo y a todos, en supremo extraño afecto, exquisita y brutal síntesis de amor y de odio; cuando la opinión nos consagra como únicos en las profundidades de su absurda inconsciencia.

A la mujer y a la opinión ha de hablarse poco y difícil, a fin de que sienta ella más que hable (que así, mientras piensa en el sentido, calla), y crea más que entienda, y es la sátira, por su ignorante religiosa fe, la más segura venda para hacerla creer en nosotros. ¡Desgraciado del hombre de letras que escriba llano y sencillo, por más que diga hondo y fuerte! El que entienda lo que lee, está al cabo de la calle, y ya quiere dar la vuelta... Ha de hablarse a la opinión y a

la mujer en seco y despectivo; que así ella se afanará —por ley de opuesta afinidad electiva— en ser blanda y amable.

¡Pobre hombre de letras el que entusiasmado sinceramente se entregue en el aplauso a la ajena obra, si bien su conciencia se lo dicte! Eso, jamás. El que admira ya no es admirable. Un prudente gesto de reserva, de tolerancia, ante la juventud valiosa, es la única defensa contra los bárbaros iconoclastas que gritan en el pórtico.

El Sr. Unamuno —en el *Prólogo* a *Paisajes parisienses,* de Ugarte—, muy ingenuamente ya lo reconoce. «Uno más —dice— inficionado del erostratismo que a todos nos corroe» (*Ensayos,* III, 85). ¿A todos? Cuidado con las generalizaciones. Y no rehusa ser padrino de la criatura «de un compañero así (?) de ilusiones y vanidades». Allá «su alma en su palma», o, si se quiere, *¡prosit!* En cuanto a Manuel Ugarte, bien conocido es; si no lo fuera ya bastante como americano. Unamuno es, en esto al menos, el maestro de maestros, siempre por el ejemplo, y desde 1902 por la doctrina que, tiene anunciado su ensayo evangélico: *Eróstrato o de la Gloria,* y en 1904 escribió *Sobre la soberbia... (Ensayos,* V).

El valor de la contradicción.—Al publicar estos *Ensayos,* repara el autor en sus «íntimas contradicciones»; mas ello no le inquieta, ya que «salieron de mi pluma —dice— en distintos períodos de mi vida mental», y esas contradicciones las considera «a ello inherentes» (*Ensayos,* I, 11). Más adelante, al frente del primer *Ensayo* (1895), previene al lector respecto a «las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las *contradicciones* que le parecerá hallar» (pág. 20). El lector encuentra que, en efecto, esas contradicciones —como zigzagneos del espíritu— halladas al leer, no son aprensiones suyas. Son realidades constantes; acaso lo único constante que halla.

Mas es forzoso rectificar un viejo, estrecho, punto de vista. Se formaron nuestros pobres espíritus bajo la horma mental de la lógica pura, y henos aquí cerrados a todo progreso. Imponíase al trabajo intelectual una interna condición de concordancia lógica, de consecuencia, de integridad espiritual, y esto era limitarle. Todo límite es una negación; toda negación es un vil atentado a la vida. Creíamos (sí; confesemos humildemente nuestro yerro), que la contradicción carecía de todo valor, valor ideológico se entiende; que pensar hoy de un modo, en un sentir, y mañana de otro, en todo lo contrario, era perder más que el tiempo; que decir hoy esto es esto,

y mañana esto es aquello, y al otro día esto es lo de más allá, no era ni serio ni digno. Pues bien —es preciso decirlo—, nos hemos equivocado. La contradicción, como antinomia mental, carece, tal vez, de valor lógico; aun puede admitirse que signifique una *subvalía* (¿no se dice «plusvalía»?). Mas la contradicción, como variación espiritual, tiene un innegable, enorme, valor psicológico. Naturalmente, nosotros, los simples mortales, no tenemos derecho a contradecirnos; lo contradictorio, en nosotros, es una patente de idiotez. «Hoy dice esto y ayer dijo lo otro: ¿qué tal?» Aún, aún, si la antinomia mental es ante los tribunales de justicia, el juez o el tribunal pueden pedirnos explicaciones sobre la contradicción que en nuestras declaraciones hallen, y su causa o móvil. La justicia es un guerrero que, naturalmente, no entiende en achaque de psicologías...

Mas, cuando se trata de espíritus superiores, todo cambia. La simple contradicción significa, ya, el *precioso dualismo*. He aquí que no somos unos pobres «simplicistas», y nos hemos redimido de la ominosa tiranía lógica. La contradicción múltiple, esa es la anhelada complejidad del hombre superior. Esto que dice hoy es lo contrario de lo que dijo ayer, y cosa totalmente diversa de lo que afirmará mañana. Ahora, ¡qué suerte la de poder asistir a esos momentos, en la evolución de un magno espíritu!

En relación con el *no yo,* con la realidad objetiva, que es lo que es, al toque de todos los falsos reactivos filosóficos, la contradicción es una arlequinada; en relación con el *yo* (con un yo que carece acaso de ese *quid solidum,* el «carácter»; de ese *complexus,* la «conciencia»; un yo hiperestésico, gaseoso, cambiante, reflejo de todo en las claras linfas de la nada; de un *yo sin yo)* lo contradictorio es equívoco de proliferación de la personalidad, la única riqueza proteiforme posible a lo que por naturaleza es mucilaginoso, como la ameba, que ya es esto, ya lo otro, ya nada...

Cuando se busca en los libros, no la verdad objetiva reflejada, interpretada por una cultura, sentida por un temperamento y expresada por una mentalidad, sino la verdad subjetiva, aspecto de esa misma cultura, humor de ese temperamento y gesto de esa mentalidad, poco importa la contradicción; antes, ¡bendita sea! Así como en los *Flos sanctorum* se complacían en narrar la mala vida anterior de los santos, acaso exagerada, sus hagiógrafos...

Que así dice el autor: «En mucho he cambiado de parecer y de criterio, mas acaso sirva a alguien lo que pensaba hace años en opo-

sición a lo que hoy pienso y tanto más que esto» (tomo I, pág. 12). Yo, francamente, no comprendo para qué bueno sirva lo que pensaba el Sr. Unamuno hace años, en oposición a lo que hoy piensa, supuesto que esto —esto o aquello, una de dos— sea lo exacto; ni veo cómo creyéndolo así pueda envanecerse de su verdad nueva el autor, si no es para detestar lo viejo y lo falso. O es que no existen para el Sr. Unamuno ni la verdad ni el error, sino el *yo* (de tanto valor el actual como el pasado, opuestos) y el *no yo* (de escaso valor, en cuanto es ajeno y constante).

CONTINUIDAD Y RENOVACIÓN.—Y así es, cuando el autor dice no «haber pretendido nunca una absurda consecuencia doctrinal *(sic)* y sí tan sólo una continuidad en el desarrollo de mi pensamiento» *(loc. cit.)*. Otra duda. Creíamos, ingenuamente, por continuidad mental, por continuidad ideológica, el desarrollo lógico del pensamiento sobre los carriles del raciocinio, mediante los eslabones de la tácita congruencia silogística, esto es, la consecuencia, especie de continuidad moral, en la ética de las ideas, más estrecha y segura que la de los hombres...

Unamuno se refiere, sin duda, ausente la consecuencia, a la mera *sucesión*. Mas esto tiene ya otro nombre: se llama «contigüidad» histórica o psicológica. No confundirse. Continuo es lo orgánico; contiguo, lo conglomerado.

«Continuidad —aclara en un inciso— que lleva a puntos de vista opuestos a aquellos de que se partió» *(loc. cit.)*. Si, tanto como en las asociaciones mentales saltamos de unas a otras por las ideas más opuestas (así en la fina observación de Edgard Allan Poe, *Doble asesinato de la calle Morgue);* mas esto, entiéndase, es tomando la palabra idea en el sentido de imagen por analogías en lo que tiene de externo; por semejanzas en su representación fonética, la palabra; triste psicología de esa langosta del ingenio humano que se llama los «parecidos» y los «colmos». Sólo así la continuidad, por la línea del absurdo, lleva a los opuestos. Esa es la *continuidad mental* del Sr. Unamuno.

El Sr. Unamuno cree que es lícito variar. Y la verdad no varía —célebre *argumento de Balmes* contra el protestantismo— ya que es la esencia participada o conocimiento de la eterna, de la inamovible realidad. La verdad se ha hecho de plantilla..., y se suceden sus ministros —los filósofos— y varía su culto —los métodos—, pero queda sagrada, intangible, la humilde verdad.

Renovarse, suma preceptiva del filósofo, no es modificar las soluciones, sino sustituir los temas. Y he aquí que el Sr. Unamuno lo entiende a la inversa; él se justifica de sus variaciones; él proclama su constancia en los temas de meditación, sus «pensamientos cardinales». Esto, suponiendo que pensamientos no quiera significar aquí, objetivamente: ideas, tesis; que entonces, ¿cómo la variación?, ¿cuándo las contradicciones?

La obsesión.—La contradicción defendida, mantenida como tal, es síntoma de *obsesión*; una de las formas de «perturbación de la personalidad consciente» (Regis), por coexistencia de personalidades» (Binet); una entre las numerosas *enfermedades de la personalidad*. Es un caso de desdoblamiento personal consciente y espontáneo. «Me produzco a mí mismo el efecto de que soy doble —decía un enfermo de la Salpêtrière—; siento en mí como dos pensamientos que combaten, uno que es muy mío y que trata de razonar, mas sin éxito; otro que me sería en cierto modo impuesto y que sufro siempre» (J. Seglas, *Leçons cliniques sur les maladies mentales et nerveuses,* ed., Meige, París, 1895).

El poseso ha resistido a la posesión, esforzadamente, un punto; acaso pudo y supo continuar tenazmente la resistencia a la *extraposesión*. En el dualismo del *autoposeso*, tal vez el yo —ángel luchó con bríos y por espacio contra el yo— Satán, antes de ser dominado y poseído. Luego fué vencido, encadenado, montado... El autoposeso nos da la sensación carnavalesca de monstruoso polichinela, que finge un hombre a horcajadas sobre otro. Que hay hombres en cuyo espíritu, allá por la pubertad engendrado en la autocópula de un orgullo satánico, nació y creció la monstruosa superfetación de un *otro yo,* simiaco y perversamente reflexivo, desde la sombra del *yo* humano y noblemente espontáneo.

Puede significar también un caso agudo, pero normal, vulgar, de amor propio, de *preocupación personal*, de auto-optimismo, esto es, de *propre enchantement*, la más agradable— y disculpable— de las *manías.* ¡Cuánto son de envidiar esos hombres, complacidos de sí, cuando uno rasgó cruelmente tantos centenares de imperfectas cuartillas, y quemó en llama de ironía las alas de tantas propias, insuficientes, pobres ideas!

Psicología ensayista —¿Es un ensayista el Sr. Unamuno? ¿Qué es un ensayista? Difícil síntesis la de este procedimiento de dispersión mental. Abordemos.

El ensayista, ¿pone cerco a un tema y luego a otro y a otros? No: que los asalta sin preparación frecuentemente, y he aquí por qué, igualmente rápido, ha de abandonarles. Acaso no es un espíritu inquieto el ensayista, sino por la propia ligereza de quien sin carga camina... Tal vez, en hostización afectuosa, no salta de unos temas a otros por frivolidad, que se va porque se le agotan las municiones.

¿Es un robusto pensador el ensayista? ¿Es, acaso, inagotable? Pensemos en Montaigne. Si en sus *Ensayos* se hiciese un cernido, separando la «prosa ajena» de la propia, las citas del comentario, ¿no supondría tanto lo uno como lo otro? El ensayista opera con microscopio: observa este menudo hecho o fenómeno; lee aquel pensamiento original o frase brillante, y los acota, los coloca en el portaobjetos. Éste sobre la platina, mira entonces (frecuentemente, no se detiene en hacer la preparación) y, apresuradamente, define... Así Azorín, entre nosotros. El tratadista, su contrafigura, opera con telescopio; recoge los hechos demostrados, pondera las doctrinas, y detenidamente sistematiza.

El ensayista es un sportman del libro, igual que otro lo es del caballo o del automóvil. Así monta en ellos, y Montaigne lo confiesa: «Yo no busco los libros —dice— sino para darme gusto, en honesto divertimiento». Es un espíritu ligero, frívolo, el ensayista. «Si me detengo en ellos —sigue—, me pierdo y pierdo el tiempo». Es, en fin, un irreflexivo: «porque tengo —concluye Montaigne— un espíritu vivo *(primesaultier)*, y lo que yo no vea de primera intención, lo veo menos obstinándome». *(Essais*, II, 10.)

Ahora, el ensayista es un subjetivo: a falta de vasto panorama sintético, de nutridos conjuntos y amplias líneas, él nos ofrece el eterno —y él procura o supone vario— espectáculo de su yo. He aquí por qué la contradicción no le preocupa; antes, se brinda a ella en holocausto. Quisiera, a propósito de cada nuevo tema, ofrendarse él mismo en diverso, opuesto, espectador. Místico, leyendo a Teresa de Jesús; perverso, comentando a Baudelaire. Así, en fuerza de ser subjetivo, deja de serlo como personal. Es un instrumento que se ofrece, eternamente propicio, a un tono que venga de fuera, siendo de lejos y desde alto. Melodía y gloria participadas, inmortalidad refleja y adjetiva la suya.

Mas, adviértase cómo hay en el ensayista dos posibles suertes de psicologismo. Uno, centrífugo: proyección del yo observador, pinzando el detalle (así como el ánade que emerge mostrando en el pico

una lombriz); otro, centrípeto: atracción de la pública atención hacia el yo, al reclamo curioso del detalle (así como el extraño transeunte que echa al alto una moneda de oro y luego otra, hasta que, rodeado de público, exhibe su específico).

He aquí a Montaigne, que empieza sacando a plaza su clara persona, y para mostrar una idea humana, clásica, vertebrada en serie de textos... He aquí a Unamuno, el que lanza al aire una áurea paradoja, para acabar exhibiendo su yo pertinaz, específico... Y, entremos en los *Ensayos*.

Lo castizo.—El primero, en la frente de la cultura española: la cuestión que hoy se llama de la *persistencia:* la casta. Mas, a raíz de una oración, poco gramatical (V. adelante), se siente uno menos inclinado a creer en el «casticismo»... Va por adelantado que aquí se trata del problema de la *raza,* y nada más interesante para el antropólogo y el sociólogo. Lo castizo es el punto de vista antroposociológico, en la crítica literaria.

La casta es el problema vertebral de la Antroposociología. Es la cuestión de la *casta antropológica,* las razas y tipos étnicos hereditarios (organismos individuales indeclinables, autóctonos), y de la *casta social,* las clases y grupos sociales persistentes (organismos sociales autónomos, cerrados). Para plantearle, siquiera, se precisa una noción cierta de la Antropología, y es ocasión de ver si el A. la tiene. En un lugar dice: «Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre, y no al *hombre abstracto* de los sociólogos y antropólogos» *(Soliloquios,* 45). No; eso es imperdonable. Si algo significan *Antropología* y *Antroposociología* es el estudio científico, por observación y medida de órganos (somatología), funciones (fisiología) y facultades (psicología) del hombre concreto, en sus variaciones individuales y variedades colectivas de constitución (etnografía) y de acción (demografía), que la generación transmite (herencia), y el medio, a su vez, modifica (adaptación pasiva), que activa y perfecciona la especie (selección); no del «hombre medio», cuidado de viejos estadísticos; ni menos del «hombre abstracto», sueño de metafísicos; ni del «hombre económico», de ciertos economistas y políticos; ni del «hombre natural», de los moralistas y de los poetas, horror de verdaderos antropólogos y sociólogos. Era preciso saber, ante todo, qué es la raza, y el Sr. Unamuno escribía, con su rico léxico, en 1908: «El parece *saber*... lo que es una raza,

cosa que apenas *saben* los etnólogos, ni sé que la *sepa* a ciencia cierta nadie, no siendo algún médico de Mundaca» *(La conciencia liberal,* 7). Bien; sin conocer la Antropología, ignorando lo que es raza —cosa averiguada—, no es lícito hablar de «casticismo», ni aun «en torno»...

En torno al casticismo —contenido del tomo I— es colección de cinco ensayos. Quiere evocar, el primero, la casta en el tiempo: *La tradición eterna,* se rotula. La casta, en el espacio, intenta ser *La casta histórica Castilla,* segundo ensayo, y su complemento, el alma de la casta: *El espíritu castellano,* ensayo tercero. La cultura de la casta, el sentido de la casta, sería: *De mística y humanismo,* cuarto ensayo (donde eleva un trono a Fr. Luis de León, a quien, un día —en *La república de las letras*—, llamará: «cochino onanista»). La crisis de la casta quiere ser: *Sobre el marasmo actual de España,* quinto y último ensayo. Nuevo elogio al maestro León (I, 181, 190), que sigue siendo persona decente, todavía...

En torno al casticismo es el primer trabajo serio (?) que publicó el Sr. Unamuno; el que, pocos años antes del desastre, le hizo célebre, en constante comparación con Costa, que no era tampoco literato, pero sí un sabio español, con todo lo que esto supone de originalidad y de deficiencias. Habíamos leído este trabajo, pero ello fué sin preparación y a saltos, en edad temprana: preferiríamos no haber vuelto sobre él, que toda desilusión es de lamentar siempre. Hemos de leer ahora, por primera vez y analizando, las restantes obras «maestras» del Sr. Unamuno. Daríamos mucho por evitar lo que sinceramente y de corazón tememos. Confíemos, no obstante, en que el Sr. Unamuno se haya perfeccionado. Estamos todos obligados a ello, y más que nadie quien tuvo para nuestra pobre cultura —o incultura— española tan duros dicterios de gusto discutible y no siempre cultos. Ahora, a partir de aquí, todo ha de ser demostración y documento; nada se dirá que, sobradamente, no resulte probado, si bien ello sea prolijo...

CASTICISMO Y LENGUA.—Lo castizo es indefinible cualidad peculiar, característica de individuación de la raza, que se refleja, como sello invisible, en la espléndida leyenda viva del lenguaje. El arte nacional se miente, bajo la corriente deformadora de los estilos; la lengua madre es verdad que perdura. Quien no está adulterado por extranjeras adaptaciones, quien no se obstina, él extraño a la

casta, en una imposible suplantación, siente en su alma y en su cuerpo el ritmo espontáneo de lo castizo como íntima polifonía, diapasón nuestro. «Sabemos nuestra lengua materna virtualmente antes de nacer» —intuía ya Víctor Henry *(Antinomies linguistiques,* pág. 58.) Es el tesoro lingüístico que recibimos —como el cabello, en colorido y dirección— hecho giros, modismos, locuciones peculiares, idiotismos, de manos de la raza, transmitido filogénicamente de cerebro a cerebro... Y así el conocido epigrama de Agustín Príncipe recibe todo el valor de una evidencia filológica.

Así el hombre castellano, nacido en el solar de la casta hispana, sin esfuerzo habla y espontáneamente escribe *castellano castizo.* Lleva en las contigüidades histológicas de un conocido centro cerebral la síntesis de su lengua hecha carne. No así el catalán, ni menos el vascongado. Éstos se esfuerzan —y es mayor mérito de voluntad el suyo— por escribir y hablar *castizamente.* Gracias si alguna vez aciertan, que no es poco; ahora que dar lecciones de casticismo, ellos, eso es arriesgado, francamente.

Y véase qué castizamente escribe el Sr. Unamuno: «Yo no quiero hacer ningún retrato» (*El espejo*, 63). Francés puro: *Je ne veux pas faire aucun portrait.* En español *castizo:* «No he de hacer un retrato». Analizar «a microscopio y a química» *(Amor y pedagogía*, 52); «Un muy buen éxito» (*De mi país*, pág. VII); traducido: *Un très bon succès;* «El muchacho mismo» y «mi estado mismo» (*Abel,* 127, 207), son galicismos vulgares, imperdonables, mil veces denunciados (así Baralt, pág. 363). Y lo mismo: «Por eso es que no engorda» *(Rosario,* 158). *C'est par cela que...* «Es en el fondo que» *(Vida,* 117): *C'est en essence que...*

No puede decirse «brutalismo» (I, 203), poniendo cátedra sobre lo «castizo»; que esa palabra suena a estupenda galiconada. «Brutalidad» (no viene de *brutalité,* sino de *brutal,* en español), debió decir, que ese es genérico suficiente de «bruto», como calidad, y si hay empeño en distinguirse —que parece ser el secreto—, dígase «brutalería», como «salvajería». Un día va al campo. ¿Qué le sucedía al maestro? «Era que me sentía mareado y oprimido». (*Ensayos,* III, 81). Exacto: *C'était que je me sentais...* (Vid. Baralt, pág. 479). En español decimos simplemente, elegantemente, castizamente: «Me sentía...» o bien: «He aquí que me sentía...». Esta es *la reforma del castellano* que nos trae el definidor de *En torno al casticismo.* Más ejemplos: «Era entonces en la huerta, bailes». *(Una his-*

toria, VII): *C'était, alors...* «Nada hay tan resonador *que* la pasión misma». (*Ibid.,* VIII). En español se dice: «como».

Ni es lícito decir «a busca de aventuras» *(loc. cit.*, 12), sino «a *la* busca», o bien «a *la* buscada», o si se quiere, más vulgarmente: «*en* busca». Se dice: «a caza» («a» preposición inicial complementaria: «caza», acción final); no se dice «a busca» (preposición y nombre de acción inicial). Escribir *a* por *en* es conocido galicismo (Baralt, página 3). En cambio, escribe: «a *la* caza de premios» *(Abel,* II). No cavilemos de puro escrupulosos como Baralt *(Diccionario de galicismos,* segunda edición, Madrid, López, 1874); ni pequemos de sobrado manga-anchas, como Castro *(El libro de los galicismos,* Madrid, «La España Moderna», 1894). Cuando pisa nuestro suelo y habita en él un moro, ¿qué choca y repugna más, su traje o sus costumbres? Seamos cosmopolitas en cuanto al léxico (siempre que las necesidades de la expresión lo justifiquen, y en la adaptación se acierte), pero en los giros, no; ¡eso es casticismo!

Los galicismos, para los franceses —y gloríense con ellos, que ese es su casticismo— no para nosotros, porque tenemos a mucha honra el nuestro.

Cuando el Sr. Unamuno se siente retórico, habla en latín. Así: «No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión» (*Ensayos,* III, 85). Esto es, francamente, del maestro del amor, de Ovidio: «*Non mihi servorum, comitis non cura legendi: —Non aptae profugo vestis opisve fuit—Non aliter,* etc.» *(Elegía,* III, v. 9, 10 y 11). En sus «Sonetos» (?) y *Poesías* (??) es corriente este latinismo:

«No de Apenino en la riente falda...»
(*Rosario de sonetos líricos,* 1911, pág. 8.)
«No la verdad, sí la verdad nos mata...»
(*Rosario,* 210.)
«No al que un alma encarna en carne, ten presente,
no el que forma da a la idea es el poeta.»

Como si dijéramos: «No de casticismo entiente el Sr. Unamuno...»

QUINTILIANO SALDAÑA.

(Se continuará.)

Un "Quijote,, extraño

El Sr. Givanel y Mas, en su magnífico *Catáleg de la Colleccio cervantica de Bonsoms,* al describir la edición de la *Segunda parte del «Quijote»*, de Matevat (1617) y citar los ejemplares que de la misma conoce, escribe: «n' hi ha també en la d' En Menendez i Pelayo (Santander)».

No sólo por rectificar una noticia que el Sr. Givanel oiría a Menéndez y Pelayo antes de haber examinado su libro, sino también porque se trata de una curiosidad bibliográfica, escribimos estas líneas.

Efectivamente, entre los *libros raros* de la biblioteca Menéndez y Pelayo, en la tabla 8.ª del primer estante, había (1) un *Quijote*, segunda parte, cuya portada coincide con la de la edición de Matevat (1617), pero a la vuelta de la cubierta de pergamino se leen estas palabras, escritas con letra de rasgos inseguros, propia de los últimos años del maestro: «Muy raro. Este *Quijote* (2.ª parte) no es el de Cervantes, sino el de Avellaneda, ejemplar falto del primer pliego, que fué sustituído con el primero de la 2.ª parte auténtica de Cervantes».

Después del primer pliego de Matevat, empieza el *Quijote* de Avellaneda con el segundo pliego (fol. 9) y con las palabras: *peligros, ya con fieros y descomunales jayanes...* En el margen superior del primer folio del segundo pliego, escribió Menéndez y Pelayo: «Desde aquí es el falso de Avellaneda».

Aquello de *muy raro* hace pensar si en sus andanzas bibliográficas habría tropezado M. Pelayo con algún otro ejemplar idéntico. Si tal otro se descubriese, podríamos casi asegurar que había una

(1) Hoy, a causa de la reforma del local, los libros se guardan en cajones.

edición híbrida de la segunda parte del *Quijote*, de la que nadie se había enterado. Podría ser esta hipotética edición en manos cervantómanas una censura más contra el malaventurado Avellaneda o contra los enemigos de Cervantes; pero, por ahora, no podemos pensar más que en el capricho o en la equivocación de un poseedor: de Gabriel Martorell (1), tal vez, cuyo nombre se lee manuscrito en la portada, o cuando más en el *timo* de un librero que se tomó el trabajo de desencuadernar un Avellaneda y volverlo a encuadernar con el primer pliego de Cervantes para engañar a algún bibliófilo de portadas y de antojos turbios que no le permitieron ver ni aun la diferente clase de letra de los dos componentes. Ni el Sr. Rodríguez Marín ni otros cervantistas a quienes consulté, han visto repetido el caso. Sirvan estas líneas como consulta a cuantos se interesan por la bibliografía cervántica.

M. ARTIGAS.

(1) Entre los papeles de Gallardo, que guarda la Biblioteca, he visto esta papeleta, que lleva el núm. 36 *provisional* de los mismos.

«Vita del Principe *Andrea Doria* discritta da M. *Lorenzo Capellani*... (El escudo del fenics de Yolito)... in Vinegia apresso Gabriel Giolito de Ferrari, 1575, 4.°, 188 págs. (más 28 de principios, i al fin una con el registro), con dos retratos del Doria. Bibl. Jerez.»

N. B. Lleva al frente la firma de Hieronimo Bocangia de Segura y de GABRIEL MARTORELL S. THE. D.RIS, que poseyeron este libro.